

www.elboomeran.com

Patrick Deville

Peste & Cólera

Traducción de José Manuel Fajardo



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

Peste & Choléra

© Éditions du Seuil

París, 2012

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

Ilustración: foto © iStock.com / tunart

Primera edición: marzo 2014

© De la traducción, José Manuel Fajardo, 2014

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2014

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7887-5

Depósito Legal: B. 2085-2014

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, av. Barcelona, 260 - Polígon El Pla
08750 Molins de Rei

¡Ah, sí! ¡Volverse legendario,
en el umbral de siglos charlatanes!

JULES LAFORGUE

ÚLTIMO VUELO

La vieja mano salpicada de manchas y con el pulgar amputado aparta el visillo de tisú. Tras una noche de insomnio, el alba bermeja, el címbalo glorioso. La habitación del hotel: blanco de nieve y oro pálido. A lo lejos, los travesaños de luz de la gran torre de hierro entre un poco de niebla. Abajo, el verde intenso de los árboles del Square Boucicaut. La ciudad está en calma en la primavera guerrera. Invasión por los refugiados. Esos que pensaban que su vida consistía en no moverse. La vieja mano suelta la falleba y agarra el asa de la maleta. Seis pisos más abajo, Yersin atraviesa la cúpula de cobre dorado y madera barnizada. Un cochero uniformado cierra tras él la puerta del taxi. Yersin no huye. Nunca ha huido. Este vuelo lo reservó hace meses en una agencia de Saigón.

Es un hombre que ahora está casi calvo, de barba blanca y ojos azules. Lleva cazadora, pantalón beige y camisa blanca con el cuello abierto. Los ventanales del aeropuerto de Le Bourget dan a la pista, donde se ve un hidroavión estacionado sobre sus ruedas. Una pequeña ballena blanca con un vientre redondo para doce pasaje-

ros. La pasarela se apoya contra la carlinga por el lado izquierdo y eso es así porque los primeros aviadores eran jinetes, como lo fue Yersin. Él va a reencontrarse con sus pequeños caballos annamitas.¹ Sobre los taburetes de la sala de espera se sienta un puñado de fugitivos. En el fondo de sus maletas, debajo de las camisas y de los trajes de noche, hay fajos de billetes y lingotes. Las tropas alemanas están a las puertas de París, pero esta gente, que observa el reloj de la pared y los que llevan en sus muñecas, es lo suficientemente rica como para no colaborar.

Una motocicleta con sidecar de la Wehrmacht bastaría para anclar al suelo a la pequeña ballena blanca. Ya ha pasado la hora. Yersin ignora las conversaciones inquietas, anota una o dos frases en un cuaderno. Ve girar las hélices por encima de la cabina de pilotaje, situada en la encrucijada de las alas. Atraviesa la pista. Los fugitivos quisieran empujarle, obligarle a correr. Todos están sentados a bordo. Le ayudan a subir la escalerilla. Es el último día de mayo del 40. El calor hace bailar el espejismo de un charco sobre la pista. El avión vibra y toma impulso. Los fugitivos se enjugan la frente. Será el último vuelo de la compañía Air France en muchos años, pero todavía no lo saben.

También es el último vuelo para Yersin. Nunca regresará a París, nunca volverá a entrar en su habitación de la sexta planta del Hotel Lutetia. En cierto modo lo sospecha, mientras observa allá abajo las columnas del éxodo a tra-

1. Raza de caballos vietnamitas de pequeño tamaño, similares a los ponis. Su nombre viene del antiguo nombre medieval de Vietnam, Annam, que era como todavía lo designaban los franceses en el siglo XIX. (*N. del T.*)

vés de la región de la Beauce. Bicicletas y carros sobre los que se apilan colchones y muebles. Camiones que avanzan al paso entre los caminantes. Y todo ello empapado por las tormentas de primavera. Como columnas de insectos enloquecidos que escapan de los cascos de la manada. Todos sus vecinos del Lutetia han abandonado el hotel. Joyce, el larguirucho irlandés con sus quevedos y su traje de tres piezas, está ya en Allier. Matisse llega a Burdeos y después a San Juan de Luz. El avión pone rumbo a Marsella entre las dos pinzas del fascismo y del franquismo, que se cierran mientras la cola del escorpión se alza, al norte, antes de golpear. La peste parda.

Yersin conoce las dos lenguas, las dos culturas –la alemana y la francesa– y sus viejas querellas. A la peste también la conoce. Lleva su nombre desde hace ya cuarenta y seis años en este último día de mayo del 40, cuando por última vez sobrevuela Francia bajo su cielo tormentoso.

Yersinia pestis.

INSECTOS

El anciano hojea el cuaderno y luego se adormece con el zumbido de los motores. Ha pasado días sin conciliar el sueño. El hotel estaba invadido por los voluntarios de Protección Civil con sus brazaletes amarillos. De noche, las alertas y los sillones colocados al abrigo del sótano, al final de las galerías donde yacen las botellas. Tras sus párpados cerrados, el jugueteo del sol sobre el mar. El rostro de Fanny. El viaje de una joven pareja por la Provenza hasta Marsella para capturar insectos. ¿Cómo escribir la historia del hijo sin la del padre? La del suyo fue breve. El hijo nunca lo conoció.

En Morges, en el cantón suizo de Vaud, más que indigencia lo que había, tanto en casa de los Yersin como en las de los vecinos, era una estricta frugalidad. Allí un céntimo es un céntimo. Las faldas raídas de las madres se pasan a las sirvientas. El padre va cursando estudios con mediana intensidad en Ginebra, a golpe de clases particulares; por un tiempo se convierte en profesor de colegio, apasionado por la botánica y la entomología, aunque para ganarse el pan lleva la administración de unos polvorines. Usa chiste-

ra y la larga chaqueta negra entallada de los sabios, lo sabe todo de los coleópteros, se especializa en ortópteros y acrídidos.

Dibuja cigarras y grillos, los mata, coloca sus élitros y antenas bajo el microscopio, envía informes a la Sociedad de Ciencias Naturales de Vaud e incluso a la Sociedad Entomológica de Francia. Después, helo ahí convertido en intendente de la empresa de explosivos, que no es poca cosa. Prosigue con el estudio del sistema nervioso del grillo campestre y moderniza la fábrica. Su frente aplasta el último grillo. El brazo, en una última contracción, vuelca los tarros. Alexandre Yersin muere a la edad de treinta y ocho años. Un escarabajo verde recorre su mejilla. Un saltamontes se enreda en sus cabellos. Un escarabajo de la patata entra en su boca abierta. Su joven esposa Fanny está encinta. La viuda del patrón tendrá que abandonar el polvorín. Después de la oración, en medio de fardos de ropa y vajillas apiladas, nace un niño. Le ponen el nombre del marido muerto.

La madre adquiere la Casa de las Higueras en Morges, al borde del lago de aguas puras y frías, y la transforma en pensión para muchachas. Fanny es elegante y tiene buenos modales. Les enseña a mantener la compostura y a cocinar, y un poco de pintura y de música. Su hijo despreciará toda su vida esas actividades, confundirá el arte con las artes decorativas. Esas nimiedades de la pintura y la literatura le recordarán la futilidad de aquellas a quienes en su correspondencia denominará los adefesios.

Todo eso le da a uno ideas de niño salvaje: colocar trampas, buscar nidos, prender fuego con lupa, regresar cubierto de lodo como si se volviera de la guerra o de una expedición en la jungla. El muchacho está solo y recorre

los campos, nada en el lago o construye cometas. Captura insectos, los dibuja, los atraviesa con una aguja y los clava sobre un cartón. El rito sacrificial resucita a los muertos. Hereda los emblemas del padre –como en los pueblos guerreros la lanza y la corona– y saca de un baúl del granero el microscopio y el bisturí. Es un segundo Alexandre Yersin y un segundo entomólogo. Las colecciones del muerto están en el museo de Ginebra. Ése puede ser un objetivo en la vida: consumir los días en austeros estudios a la espera de que le llegue el turno y una vena reviente en su cerebro.

En Vaud, dejando a un lado la tortura de insectos, hace generaciones que apenas hay nada con lo que distraerse. La misma idea de hacerlo resulta sospechosa. En estos lugares, la vida es el precio que se paga por el pecado de vivir, pecado que la familia Yersin expía a la sombra de la Iglesia Evangélica Libre. Esta iglesia, nacida de un cisma en el seno del protestantismo de Vaud, rechaza que el Estado pague a sus pastores y que mantenga sus templos. En su indigencia y rigor, los fieles se desviven por cubrir las necesidades de sus predicadores. Lo que es bien distinto que mantener a un cura de esos que tienen buen saque. Los pastores, para contentar a Dios –creced y multiplícaos–, son una especie que se reproduce a velocidad de vértigo. Tienen familias enormes que esperan en el nido con los picos abiertos, así que las faldas raídas de las madres ya no serán para las sirvientas. Los fieles se revisten con la bandera de su elitismo y su probidad, son los más puros y los más alejados de la vida material, los aristócratas de la fe.

De aquella altiva frialdad de azules domingos helados, el jovencito conservará la franqueza abrupta y el desprecio

hacia los bienes de este mundo. El alumno bueno por aburrimiento se va convirtiendo en adolescente estudioso. Los únicos hombres admitidos en la Casa de las Higueras, en su pequeño salón florido, son los médicos amigos de la madre. Yersin tiene entonces que elegir entre Francia y Alemania, entre sus dos modelos universitarios. Al este del Rin, el curso magistral y teórico, la ciencia dictada ex cátedra por sabios vestidos de negro y con cuello de celuloide. En París, la enseñanza clínica a la cabecera del enfermo y en bata blanca, el modelo llamado patronal, cuyo inventor fue Laennec.

Al final irá a Marburgo, a causa de la madre y de los amigos de la madre. Yersin habría preferido Berlín, pero irá a la provincia. Fanny alquila para su hijo una habitación en la casa de un honorable profesor, una lumbrera que predica en la universidad pero que asiste a los oficios. Yersin acepta con tal de salir de tanta falda. Moverse. Sus sueños son los de un niño. Es el inicio de una correspondencia con Fanny que sólo terminará con la muerte de ésta. «Cuando sea doctor, te llevaré conmigo a vivir al sur de Francia o a Italia, ¿verdad?»

El francés se convierte en una lengua secreta, maternal, un tesoro, la lengua de las noches, la de las cartas a Fanny.

Tiene veinte años y a partir de ahora su vida transcurre sólo en alemán.

EN BERLÍN

Pero tendrá que esperar primero durante un largo año. En una carta escrita en julio, anota: «está lloviendo, como siempre, hace frío, definitivamente Marburgo no es la tierra del sol». La enseñanza doctoral le decepciona tanto como el clima. El pensamiento de Yersin es pragmático, experimental, necesita ver y tocar, manipular, construir cometas. La lumbrera que le acoge tiene un rostro tan austero que podría figurar en un billete de banco. Los norteamericanos tienen una palabra para eso: *dwem*. Viejos sabios blancos, selectos y doctos, con perilla y lentes.

Marburgo está dotada con cuatro universidades, un teatro, un jardín botánico, un tribunal y un hospital. Todo ello al pie del castillo de los nobles landgraves de Hesse. Un investigador, un escriba armado con un cuaderno de cubiertas de piel de topo, un fantasma del futuro que sigue la pista de Yersin, sale del Hotel Zur Sonne, caminando junto al río Lahn por las calles empinadas, tras las huellas de la juventud del héroe, y en el corazón de este apacible islote de cultura, bajo un cielo próximo y gris, encuentra sin dificultad la alta casa de piedra entramada

en cuyo interior se aburría de esperar el muchacho de severos ojos azules e incipiente barba.

El fantasma atraviesa con la misma facilidad muros y tiempo. Detrás de las piedras de la fachada ve la madera de los muebles, el cuero oscuro de los sillones y de las encuadernaciones en la biblioteca. Negro y marrón, como en un lienzo flamenco. Por la noche, el oro de los velones para la bendición mascullada, y la cena silenciosa. El péndulo del reloj atrapa un reflejo. Más arriba, el salto de un diente en la rueda hace resonar el engranaje. En el frontón del Rathaus, el ayuntamiento, la Muerte da vuelta cada hora a su ampolleta. Todos la ignoran. Este presente es perpetuo, poco ganaría el mundo si siguiera cambiando. Esta civilización está en su apogeo, quizá con algunos detalles que arreglar. Y con medicamentos que perfeccionar, por supuesto.

A la cabecera de la mesa se yergue un solemne y silencioso Júpiter, el profesor Julius Wilhelm Wigand, doctor en filosofía, director del Instituto de Farmacia, conservador del Jardín Botánico, decano de la Facultad. Por la tarde recibe en su despacho al joven de Vaud. Sus maneras son paternalistas. Le gustaría guiar a ese joven en su carrera académica y ahorrarle las equivocaciones, por eso le reprocha que frecuente a ese tal Sternberg, cuyo apellido es ya una advertencia. Le aconseja unirse a una hermandad. Pero resulta que Yersin, ese estudiante tímido que está sentado ante él en el sillón, nunca ha tenido padre. Y hasta ahora se las ha arreglado.

Tanto si se inscriben en medicina como en derecho, en botánica como en teología, nueve de cada diez estudiantes de Marburgo tienen en común el pertenecer a una hermandad. Tras los rituales de admisión y una vez profe-

ridos los juramentos, la actividad consiste en juntarse cada día, en la misma taberna de paredes cubiertas de blasones, para coger tremendas curdas y batirse en duelo. Las gargantas se protegen con bufandas, los corazones con petos, y los aceros salen de las vainas. Se para a la primera sangre. Nacen amistades indefectibles. Se exhiben las cuchilladas sobre el cuerpo como más tarde se hará con las medallas sobre el uniforme. Uno de cada diez alumnos es excluido de esa camaradería. Es el *numerus clausus* asignado a los judíos por la ley universitaria.

El joven vestido de negro elige la calma del estudio, las caminatas por el campo y las discusiones con Sternberg. Los cursos de anatomía y de clínica se dan en el anfiteatro, cuando estos dos querrían conocer ya el hospital. Hacer disecciones. Ir al meollo. En Berlín, donde Yersin pasa una temporada, asiste en una misma semana a dos amputaciones de pierna mientras que en Marburgo semejante operación sólo tenía lugar una vez al año. Por fin camina por las calles de una gran ciudad. En ese año, los hoteles están repletos de diplomáticos y de exploradores. Berlín se convierte en la capital del mundo.

Por iniciativa de Bismarck, todas las naciones colonizadoras se han reunido allí delante de un atlas para repartirse África. Es el Congreso de Berlín. El mítico Stanley, quien catorce años atrás había encontrado a Livingstone, está allí en representación del rey de los belgas y propietario del Congo. Yersin lee los periódicos, descubre la vida de Livingstone y éste se convierte en su modelo. Livingstone, el escocés explorador, hombre de acción, sabio, pastor, descubridor del Zambeze y médico a la vez, que estuvo perdido durante años en territorios desconocidos del África central y que, una vez que Stanley logró encontrarle, eligió quedarse y morir allí.

Un día, Yersin será el nuevo Livingstone.
Así lo escribe en una carta dirigida a Fanny.

Alemania, al igual que Francia e Inglaterra, se esculpe un imperio a golpe de sable y ametralladora. Coloniza Camerún, la actual Namibia y la actual Tanzania hasta Zanzíbar. En ese año del Congreso de Berlín, Arthur Rimbaud, el autor de *El sueño de Bismarck*, transporta a lomos de camello dos mil fusiles y sesenta mil cartuchos para el rey Menelik de Abisinia. El que fuera poeta francés promueve ahora la influencia francesa y se opone a las pretensiones territoriales de ingleses y egipcios dirigidas por Gordon: «Su Gordon es un idiota, su Wolseley un asno, y sus empresas una serie insensata de disparates y saqueos.» Es el primero en subrayar la importancia estratégica del puerto que él escribe Dhjibouti, como Baudelaire escribía Saharah; redacta un informe de exploración para la Sociedad Geográfica, envía artículos de geopolítica al diario francófono *Le Bosphore égyptien*, de los que se hacen eco en Alemania, Austria e Italia. Relata los estragos de la guerra: «Los abisinios han devorado en pocos meses las provisiones de sorgo dejadas por los egipcios, que hubieran alcanzado para varios años. La hambruna y la peste son inminentes.»

El que propaga la peste es un insecto: la pulga. Pero aún no se sabe.

Desde Berlín, Yersin se traslada a la ciudad alemana de Jena. Compra al reputado fabricante Carl Zeiss un microscopio perfeccionado del que nunca se separará, un microscopio que le acompañará en su equipaje durante su vuelta al mundo y con el que identificará al bacilo de la peste. Carl Zeiss es una especie de Spinoza y para uno y

otro pulir lentes fue una actividad propicia a la reflexión y la utopía. Baruch Spinoza también era judío, dice Sternberg. Ahí están los dos estudiantes de nuevo en Marburgo, encorvados por turnos sobre el ocular recién estrenado, jugando con el tornillo de enfoque sobre un ala de libélula. Yersin también ha visto la violencia antisemita, los escaparates rotos, los puñetazos. En la charla de los dos estudiantes tal vez se cuele la palabra peste.

Frecuentemente, siempre que no se haya contraído ni una ni otra, se confunde la peste con la lepra. Durante la gran peste de la Edad Media, la peste negra, fueron veinticinco los millones de muertos que contabilizar por la demografía. La mitad de la población europea diezmada. Ninguna guerra había causado todavía semejante hecatombe. La dimensión de la plaga fue metafísica, expresión de la ira divina, del Castigo. Los suizos no siempre han sido inofensivos zelotes de la tolerancia y la moderación. Cinco siglos atrás, los vecinos de Villeneuve, a orillas del lago, quemaron vivos a los judíos acusados de haber envenenado los pozos para propagar la epidemia. Cinco siglos después, si el oscurantismo ha retrocedido, el odio sigue siendo el mismo. Tampoco se sabe nada más sobre la peste, sobre el modo en que llega, mata y desaparece. Tal vez un día. Los dos estudiantes tienen fe en la ciencia, en el Progreso. Curar la peste sería matar dos pájaros de un tiro, dice Sternberg. Yersin le anuncia su partida hacia Francia.

El año siguiente proseguirá sus estudios en París. En este año del Congreso de Berlín, mientras Arthur Rimbaud gasta las piernas sobre la rocalla de los desiertos tras el culo de los camellos, Louis Pasteur salva al niño Joseph Meister. Curar la rabia con una vacuna es abrir una puerta. Muy pronto no se tratará de elegir entre peste y cólera, sino de curarlas. Yersin tiene la ventaja de ser bilingüe. Si

Sternberg lo fuera, cuánto dudaría. París o Berlín, como elegir entre Caribdis y Escila. Tiene bastante de pesimista lúcido, este Sternberg, si es que eso no es un pleonasma. Diez años más tarde, al inicio del caso Dreyfus, no se verá el nombre de Yersin al pie de ninguna petición. Lo cierto es que todos esos horrores de Europa muy pronto le despiertan a uno la atracción por las antípodas. En el momento del proceso contra el capitán Dreyfus, Yersin está en Nha Trang o en Hong Kong.

EN PARÍS

Cuando Yersin descubre la otra capital, descubre sobre todo el antigermanismo. En París, en vez de las tonadas bávaras y el casco de pico, es preferible cantar a la tirolesa y llevar el curioso sombrero suizo.

Desde hace quince años y tras la derrota de Sedán, Francia es más pequeña y no lo digiere. Amputada de la Alsacia y la Lorena, se venga conquistando un vasto imperio en ultramar, mucho más grande que el de los alemanes: de las islas de la Polinesia a las del Caribe, de África a Asia. Aunque no más que sobre la británica Union Jack, el sol tampoco se pone sobre la republicana bandera tricolor. En este año, Pavie, el explorador de Laos, conoce a Brazza, el explorador del Congo. El encuentro tiene lugar en la parisina calle Mazarine, en La Petite Vache, donde se reúne también la pequeña banda de los saharianos. El marino francés hace dos años que se ha adueñado en la Cochinchina de las provincias de Annam y Tonkin. Yersin lee las narraciones, repasa los mapas. Ésos son hombres y no son de los que se irían a vegetar a un lugar como Marburgo. Está convencido de lo acertado de su elección. Es aquí donde hay que vivir.

Quizá por última vez en su historia, París es una ciudad moderna. Ya han terminado las obras de renovación emprendidas por Haussmann y se traza el plan del metro. «Entro en el museo del Louvre. Hoy visito las antigüedades egipcias», escribe Yersin, que lee la prensa en el salón del Bon Marché. La familia Boucicaut, propietaria del almacén, hará construir veinticinco años más tarde el Hotel Lutetia enfrente de él. Al final de su vida, Yersin adquirirá el hábito de alojarse allí varias semanas cada año, tras atravesar el planeta para hacerlo, siempre en la misma habitación de la esquina del sexto piso, a unos centenares de metros de su primera residencia como estudiante: un chamizo con forma de mansarda de la calle Madame, desde el que, según le informa a Fanny, estirando el pescuezo puede entreverse una torre de la iglesia de Saint-Sulpice.

En la calle de Ulm, Louis Pasteur acaba de conseguir una segunda vacuna antirrábica, tras la del pequeño alsaciano Joseph Meister: la de Jean-Baptiste Jupille, originario de la región de Jura. Muy pronto le llega gente de todas partes. Hasta entonces, en cualquier campo o en cualquier bosque de lobos y nieve, lo mismo en Francia que en Rusia, el tratamiento consistía a menudo en atar a los rabiosos y sofocarlos antes de que te mordieran a su vez. La aventura está a la vuelta de la esquina de la calle de Ulm, tanto como en las pendientes de las dunas saharianas. Es la nueva frontera de la microbiología. El estudiante extranjero de veintidós años, sentado delante del periódico, vive a expensas de su madre. Como todos los hombres, lleva barba corta y chaqueta oscura, cena al fondo de cafetuchos en los que los proletarios apuran su trago y concluyen, al ver el vaso vacío, que ése tampoco será ya

para los *boches*¹ y que sería estúpido, patrón, dejarles el tonel. «Asistí a una violenta disputa entre unos obreros y un individuo de origen alemán, creo yo, que tuvo la mala idea de hablar en su lengua nativa: casi lo matan.»

Por el momento, es él quien lleva una vida de privaciones. Se inscribe en el primer curso de bacteriología dictado por el profesor Cornil. Es una disciplina nueva. Durante toda su vida, Yersin escogerá cuanto haya de nuevo y de absolutamente moderno.

En casa de Pasteur, en pocos meses vacunan a manos llenas. En enero de 1886, de mil vacunados mueren seis, cuatro mordidos por lobos y dos por perros. En julio hay casi dos mil vacunados con éxito y no más de diez fracasos. Los cadáveres son enviados al depósito del Hospital, donde Cornil encarga a Yersin hacerles la autopsia. El veredicto del microscopio de Carl Zeiss es inapelable: la observación de la médula espinal demuestra que la vacuna ha sido inocua. Fueron tratados demasiado tarde. Yersin entrega los resultados al asistente de Pasteur, Émile Roux. Es el encuentro de dos huérfanos vestidos con bata blanca, de pie en medio del depósito del Hospital, entre cadáveres de víctimas de la rabia, y éste va a cambiarles la vida.

El huérfano de Morges y el huérfano de Confolens.

Roux lleva a Yersin ante Pasteur. El joven tímido descubre el lugar y descubre al hombre, escribe sobre ello en una de sus cartas a Fanny: «El gabinete de M. Pasteur es pequeño, cuadrado, con dos grandes ventanas. Cerca de una de ellas hay una mesita sobre la que están los tarros que contienen los virus para inocular.»

1. Boches, manera peyorativa de llamar a los alemanes en Francia. (*N. del T.*)

Yersin se une pronto a ellos en la calle de Ulm. Cada mañana se forma delante del patio una larga fila de impacientes enfermos de rabia. Pasteur ausculta, Roux y Grancher vacunan, Yersin prepara. Él está contratado y le asignan un magro salario. Nunca más deberá nada a nadie. El huérfano de Morges y el huérfano de Confolens han encontrado a un padre en el austero sabio del Jura. Un hombre con traje negro de faldones y apellido bíblico, el apellido de quien guía los rebaños hacia los pastos y las almas hacia la redención.

Ante la Academia de Ciencias, Louis Pasteur, enfermo y todavía administrador de la Escuela Normal Superior, concluye su exposición: es conveniente crear un centro de vacunación contra la rabia. La villa de París pone provisionalmente a su disposición un desvencijado caserón de tres plantas de ladrillo y madera, en la calle Vauquelin, y la pequeña banda se instala allí. Ése es el inicio de su vida comunitaria. La sala de inoculación, las caballerizas y las perreras dan al patio. La banda de Pasteur va ocupando las habitaciones, piso a piso. Roux, Loir, Grancher, Viala, Wasserzug, Metchnikoff, Haffkine, Yersin. Este último es receloso y frunce el ceño cuando, como hace Haffkine, se le llama Yersine, feminizando su apellido con una e al final, a causa de su acento suizo. Cada mañana abandona la casa para seguir sus estudios de medicina en la calle de Saints-Pères. Al mediodía almuerza en una pequeña taberna de la calle Gay-Lussac. Para su tesis escoge la difteria y la tuberculosis, a la que los poetas todavía llaman tisis. Lleva a cabo consultas clínicas en el Hospital de Niños Enfermos, toma muestras del fondo de gargantas inflamadas, extrae membranas, intenta aislar la toxina diftérica, lee en las revistas los relatos de los exploradores.

Se abre una suscripción internacional en el Banco de Francia a favor de Louis Pasteur. Los fondos afluyen. El zar de Rusia, el emperador del Brasil y el sultán de Estambul envían sus aportaciones, pero también lo hacen personas sin relevancia cuyos nombres aparecen impresos cada mañana en el *Journal Officiel*. El viejo Pasteur repasa esa letanía. Lloro cuando ve que el joven Joseph Meister le envía algunos céntimos. Compra un terreno en el distrito quince. Cada semana, Roux y Yersin inspeccionan los trabajos de la calle Dutot y regresan a la calle de Ulm, al apartamento de Louis Pasteur y de su mujer donde la pequeña banda extiende los planos. El anciano de levita negra ha sufrido ya dos ataques cerebrales, habla con dificultad, tiene el brazo derecho paralizado, arrastra una pierna. Roux y Yersin diseñan con el arquitecto una escalera interior, para el nuevo Instituto, cuyos escalones serán menos altos y más numerosos.

Para el viejo Pasteur se han acabado los descubrimientos. Tras él, el elegido será Roux, el mejor entre sus hijos, el heredero putativo. Su último combate es teórico. Enfrentados a él desde hace veinte años, los defensores de la generación espontánea brotan como por arte de magia. Él defiende que nada nace de la nada. Pero ahí está Dios. ¿Por qué todos esos microbios y por qué habérmolos escondido durante siglos? ¿Por qué tantos niños muertos, especialmente entre los pobres? Fanny se inquieta. Pasteur es como Darwin. El origen de las especies y la evolución biológica, del microbio hasta el hombre, contradicen los textos sagrados. Ante ello, Yersin y con él toda la banda sonríen. Muy pronto todo eso estará muy claro, bastará explicar, enseñar, reproducir los experimentos. ¿Cómo podrían imaginar que un siglo y medio más tarde la mitad de la población del planeta seguirá defendiendo todavía el creacionismo?

Durante los años en que se constituye la pequeña banda de los pasteurianos, sigue reuniéndose en la calle Mazarine la pequeña banda de los saharianos, mientras la pequeña banda de los parnasianos va desapareciendo. Los tres grupitos habrán cohabitado durante un tiempo. En la misma ciudad y en las mismas calles. Banville, el dulce poeta, anida aún en la calle de Buci, donde presta su habitación de servicio a Rimbaud antes de que éste se vaya con Verlaine a la calle Racine. Desde la partida del clarividente, la pequeña banda de los parnasianos se marchita, aunque frecuenta todavía por puro hábito las cantinas, que son sus laboratorios, donde se extraen del fondo de los alambiques otros elixires: hadas multicolores que se instalan en el fondo de los cerebros de los ahora deslucidos parnasianos para regar los escondidos versos alejandrinos, que se replican sin cesar en dípticos, pero cada vez más anémicos. Es en ese tiempo absolutamente moderno, de microscopios y jeringas, cuando se extingue el alejandrino, muerto de un golpe magistral por el joven poeta que se ha ido a vender fusiles a Menelik II, rey de la meseta etíope de Choa y futuro emperador de Etiopía.

En cuanto a Yersin, él lo lee todo sobre ciencia y sobre relatos de exploraciones. Trabaja con calma y en soledad, con ritmo perezoso y ese aire de quien no da golpe que resulta tan elegante. A la noche, calienta sus caldos de microbios y prepara sus reactivos. Todo ese material a su disposición resulta fascinante. Por fin trabajos prácticos que hacer, cometas que volar. Abre los cajones de gallinas y de ratones, selecciona, inocula; después descubre, en un golpe de genialidad, una tuberculosis experimental de nuevo tipo en un conejo: la llamada tifobacilar o tifoidea.

El joven, preocupado, regresa al laboratorio y entrega

la probeta a Roux. O quizá saca de su sombrero un conejo blanco sujeto por las dos orejas y lo deposita sobre la encimera. He encontrado algo. Roux ajusta el tornillo de enfoque del microscopio con el índice y el pulgar, levanta los ojos, gira la cabeza, mira desde abajo al estudiante tímido mientras frunce las cejas. La «tuberculosis tipo Yersin» hace su entrada en los libros de enseñanza médica, y de ese modo su nombre pasa ya a la posteridad de los generalistas y de los historiadores de la medicina. Pero el gran público olvidará pronto el nombre de quien, a pesar de la peste, sigue sin ser hoy muy conocido. El pobre conejo tísico tose, escupe sus pulmones y expira sobre la encimera. Algunas gotas de sangre roja manchan su pelaje blanco. Ese mártir le vale al joven una primera publicación en la revista *Annales de l'Institut Pasteur*, firmada por Roux & Yersin. Sin embargo, todavía no es médico, ni siquiera es aún francés.

A los veinticinco años de edad, tres después de su llegada a París, Yersin redacta su tesis y recibe una medalla de bronce que guarda en su bolsillo para dársela a Fanny. Esa mañana es declarado doctor en medicina y por la tarde toma el tren para Alemania. Pasteur le pide que se inscriba en el curso de técnica microbiana que acaba de crear Robert Koch, el descubridor del bacilo de la tuberculosis, en el Instituto de Higiene de Berlín. Yersin es suizo y bilingüe. No está muy lejos del espionaje. Aquel a quien llama en sus cuadernos «el gran lama Koch» ataca violentamente a Pasteur en sus escritos. Yersin sigue las veinticuatro clases, llena sus cuadernos, traduce a Koch para Pasteur, dibuja el plano de su laboratorio, redacta un informe y concluye que no resultará muy difícil hacerlo mejor en París.

A su regreso, sale una segunda publicación firmada por Roux & Yersin. Los edificios del futuro Instituto Pas-

teur son inaugurados con toda pompa por el jefe del Estado, el presidente Sadi Carnot, y por sus huéspedes internacionales. Yersin sigue siendo suizo. La ley reserva el ejercicio de la medicina tan sólo para ciudadanos de la república. Yersin comienza las gestiones, envía una carta a Fanny. Sus antepasados maternos son franceses y el expediente se resuelve enseguida: calvinistas que huyeron de los conflictos religiosos. Francia acoge a su hijo pródigo.

Una tarde, en la calle Vauquelin, dos hombres, a pesar de tener tantas otras cosas que hacer, cuelgan sus batas blancas en el perchero del vestíbulo y se enfundan las chaquetas. Roux acompaña a su auxiliar al ayuntamiento del distrito cinco, en la plaza del Panthéon. Está a dos pasos. Ambos firman en el registro. El funcionario pasa el papel secante sobre la tinta y les entrega el certificado. No hay tiempo para festejarlo en la cantina como si fueran parnasianos. Vuelven a enfundarse las batas blancas, vuelven a encender los mecheros Bunsen, recogen su caldo de bacilos. Yersin es un sabio francés.

EL RECHAZADO

¿Y si él hubiera seguido siendo suizo o se hubiera hecho alemán? ¿Y si ese anciano de barba blanca y ojos azules, que dormita en el avión apaciblemente, hubiera elegido a Koch en vez de a Pasteur? ¿Dónde estaría hoy este hombre, a los setenta años, poseedor de un pasaporte del Reich? Ya se sabe que con frecuencia los genios se dejan engañar. Es conocida su ingenuidad. Esos que no le harían daño ni a una mosca inventan, por el solo placer de resolver un enigma, armas de destrucción masiva. ¿Y si él hubiera sido al inicio de esta guerra un viejo médico jubilado en Berlín? Si se hubiera casado con una alemana de Marburgo, ¿dónde estarían hoy sus hijos y sus nietos y con qué uniforme?

Ahora debe de estar sobre el Ródano, sobrevolando los viñedos y las uvas verdes bajo el sol de mayo de 1940. ¿Los movilizados estarán de vuelta para la vendimia? La de Yersin es una posición peligrosa, siempre ha querido lavarse las manos en política, ignorar la Historia y sus repugnantes festines. Es un individualista, como suelen serlo los altruistas. Sólo más tarde, a fuerza de tanto amar a los hombres, uno termina por convertirse en misántropo.

Es algo más fuerte que él: Yersin siempre necesita saberlo todo. Abre su cuaderno e interroga a la tripulación de la pequeña ballena metálica blanca. El hidroavión de Air France, el *flying-boat* que hace la ruta de Marsella, es un LeO, nombre que le viene de sus dos constructores: Lioré & Olivier. Un LeO H-242. Su fuselaje es de aluminio anodizado. Yersin lo consigna en su cuaderno. El duraluminio anodizado es un material nuevo. Se pregunta qué es lo que podría construir de nuevo en Asia con ese duraluminio anodizado. Los once pasajeros que le rodean están sentados en confortables asientos de respaldo alto. Se sirven alcoholes a voluntad.

En medio de esos fugitivos ricachones, de esos privilegiados cobardes, que elegirán al azar entre las escalas un lugar de veraneo donde esconderse con sus ahorros a esperar que escampe, Yersin evita la promiscuidad gracias a sus cuadernos, simulando concentrarse. Su nombre y su rostro son conocidos. Es el último superviviente de la banda de Pasteur. Sabemos que irá hasta Saigón, el final del trayecto, donde llegará en ocho días. En paquebote habría sido un mes. Cada viaje le permite traerse grandes cajas de material, cristalería para los experimentos, semillas para sus jardines. Con la guerra, las comunicaciones se verán una vez más interrumpidas. Después del 14 fue el mismo lío.

Hace ya cincuenta años que Yersin eligió abandonar Europa. Fue en Asia donde pasó la Primera Guerra Mundial y se dispone a pasar allí la Segunda. Solo. Como ha vivido siempre. O, más bien, en medio de una pequeña banda, en Nha Trang, una aldea de pescadores: la banda de Yersin. Porque, al cabo de los años, el solitario se ha revelado como un conductor de hombres. Allá lejos, ha creado algo así como una comunidad, un monasterio laico

retirado del mundo al que ahora va a reincorporarse. Como si hubiera hecho votos de frugalidad y celibato, también de fraternidad, su comunidad científica y agrícola de Nha Trang puede evocar una colonia anarquista, como la colonia Cecilia fundada en Brasil a fines del XIX, o un falansterio fourieriano del cual él sería el patriarca de barbas blancas. Yersin se encogería de hombros si esa idea se evocara en su presencia porque, un poco por casualidad, sin haberlo buscado realmente, mientras estaba ocupado en cosas muy distintas, hoy se encuentra en posesión de una fortuna bastante considerable.

En una sola ocasión, haciendo un esfuerzo por integrarse, por seguir las reglas y atenerse a la tradición de la Facultad, y dado que era un joven médico, un joven francés, un joven investigador, se dijo que debería ser también un joven casado. Después de todo, tal era el caso de Louis Pasteur y eso no le había impedido trabajar. A Yersin le gustaba cenar en el apartamento de la pareja, en la calle de Ulm. Los dos hombres se apreciaban, eran dos hombres duros y probos, silenciosos, de ojos de un azul de nieve y hielo. Él también se convertiría en un anciano sabio rodeado del tierno cariño de una esposa anciana. Había iniciado gestiones en ese sentido, utilizando el mismo método racional que había empleado para establecer su genealogía. Escribir a su madre, como siempre. Un carta a Fanny.

Ella, que acababa de localizar a sus antepasados, le encuentra enseguida una prometida. Mina Schwarzenbach, la sobrina de una amiga. Mina es bonita. Uno la imagina virgen y abotonada hasta el cuello de encaje blanco, pero bajo la larga falda negra quizá hay un fuego atizado cada noche con la yema del dedo. Yersin se pone a escribirle.

Resulta más arduo que hacer una exposición sobre la difteria. Son muchos los borradores que terminan en la papelera. Querida Mina. Quizá él hace el elogio de la apacible y vieja pareja de los Pasteur, de las doctas discusiones en su casa con Perrot, el director de la Escuela Normal Superior, y los relatos de sus empresas arqueológicas en Asia Menor. Es una torpeza. Mina Schwarzenbach espera leer inflamados versos alejandrinos que le estén dedicados. Por la noche, sujetaría la carta con la otra mano para releerlos. Yersin mete la pata. Mina le da calabazas. No se volverá a hablar del asunto. Él se da perfecta cuenta de que tener una esposa pegada a sus faldones no habría tardado en ser un estorbo. Ya se verá más adelante, cuando le haya dado la vuelta al mundo y al asunto.

De momento, se iría con gusto a ver el mar.